

liadas a la Falange las tenían por insensatas.

Una mañana llamamos al Centro, que entonces tenía la Falange en la calle Marqués del Riscal, a Lila Ozores, y le encargamos que procurara organizar la provincia de Pontevedra. Y ella, con esa alegría y ese optimismo con que se hacían todas las cosas en Falange, no titubeó un momento en aceptar la difícil tarea que le confiábamos. Tenía Lila dieciocho años y mucha fe en la Falange; por eso sabía que el único camino para España era el nacionalsindicalista. Y se fué a Vigo, desde donde escribió a los pocos días diciéndonos que ya contaba con tres o cuatro afiliadas dispuestas a dejarse la juventud y la vida en la pelea.

Escribimos una circular a todos los Jefes Provinciales para que nos dijeran si en sus provincias encontraban alguna chica que se pudiera encargar de organizar la Sección Femenina, con la principal obligación de atender a los presos y a las familias de los caídos.

Desoladoras eran las contestaciones de los Jefes. Las mujeres en provincias no querían meterse en nada y les parecía peligroso afiliarse a la Falange. Hasta que un día recibimos carta de Navarra, diciéndonos que en Pamplona había una camarada dispuesta a hacerse cargo de la Sección. Ya teníamos dos: Vigo y Navarra. Después nos escribió otra chica de Huesca y así llegaron a organizarse en un año unas diez secciones femeninas en toda España. En cada una no había más de seis o siete afiliadas, pero ellas solas eran bastantes para mantener con su espíritu el calor de nuestra hermandad.

Al cabo del año se organizó el primer viaje de inspección por las Secciones Femeninas, y salieron la Jefe y la Secretaria Nacionales con un kilométrico de 2.<sup>a</sup> y 500 pesetas en el bolsillo para las dos, a recorrer España durante un mes, desde Aragón hasta Salamanca, dando la vuelta por Huesca, Zaragoza, Pamplona, Bilbao, Santander, Asturias, toda Galicia, León, Palencia, Valladolid, Zamora y Salamanca, y después Toledo y Segovia. Allí fué donde les

enseñamos ya a las camaradas el himno de la Falange, que entonces empezaba a cantarse en España. Entre el equipaje llevábamos una maleta llena de propaganda para ir repartiendo por todas partes. Y quedaron constituidas las Secciones Femeninas de todas esas provincias con estas Jefes: Vizcaya, María Teresa Díaz de la Vega; Asturias, Concepción Colao; Zaragoza, Julia Aguilar; La Coruña, Ricarda Canalejo; Orense, Vicenta Pérez López; Santander, Josefina Allende; Palencia, Margarita Miguel; Navarra, Josefina Arraiza; Salamanca, Cándida Cadenas; Valladolid, Rosario Pereda; Pontevedra, Lila Ozores; Segovia, Angelita Ridruejo; Toledo, Sagrario Muro; Zamora, Esperanza Bajo. De las demás provincias recorridas, por el tiempo que ha pasado y porque no permanecieron en sus puestos, no hay memoria de sus Jefes.

Los Centros de Falange de provincias eran todos francamente pobres y en muchos sitios clandestinos. En Renedo tuvimos que tener la reunión con las chicas en la trastienda de un establecimiento de ultramarinos, donde no había más ornamentos que nuestra bandera roja y negra y un retrato de José Antonio. En aquella especie de covacha les hablamos por primera vez a las camaradas de Santander de la Revolución Nacional-Sindicalista. Y como éste eran los Centros de Vigo, de Zamora, de León, de La Coruña, y en algunos sitios ni lugar para reunirse tenían por falta de dinero y por sobra de reunión policíaca.

Donde únicamente encontramos la cosa francamente bien fué en Valladolid. Llegamos allí de noche, y en el Centro nos esperaba Onésimo Redondo, y con todas ellas la Jefe Rosario Pereda. Emocionante fué la llegada a Valladolid. La Secretaria Nacional, más decidida y con más facilidad de palabra, les habló a las milicias que se habían reunido en el Centro para esperarnos. Ya desde aquel día nos dimos cuenta que aquélla sería siempre una magnífica Sección Femenina, como lo demostraron a los pocos meses, ocupándose de los presos cuando me-